



Pietro Pomponazzi

Tratado sobre la inmortalidad del alma



Estudio preliminar, traducción y notas de
José Manuel García Valverde

Tercer milenio

CLÁSICOS
DEL
PENSAMIENTO

La selección de autores que habitualmente se citan como representantes paradigmáticos de las ideas de una época no puede ser, evidentemente, ni exhaustiva en lo referente a la diversidad de aportaciones, ni excluyente en lo referente a su importancia. Mucho menos se puede pretender que no haya precedentes históricos de modo que estos autores sean totalmente originales o que sus ideas sean completamente nuevas. La historia es un proceso continuo, en el que nosotros introducimos convencionalmente los hitos que luego nos fascinan. Así, se suele decir que la filosofía moderna empieza con Descartes, pero igualmente se acepta, sin que esto suponga contradicción, que la mayoría o todos los elementos distintivamente modernos de su filosofía se pueden encontrar en autores anteriores, como por ejemplo Michel de Montaigne, de quien además se puede destacar la novedad del estilo ensayístico de escritura, que no existía propiamente en el Renacimiento y que es típico de la modernidad (aunque Descartes no haga uso de ello).

En la obra de Pietro Pomponazzi, no obstante, podemos encontrar una interesante acumulación de tópicos, ideas y planteamientos que, pese a no escapar a lo característico de los usos renacentistas y escolásticos, representan una considerable aproximación a desarrollos que serán centrales en la filosofía moderna. Entre ellos, el intento de separación entre razón y fe religiosa.

En efecto, se puede ver la filosofía moderna como una progresiva depuración o separación entre los ámbitos de la razón y la fe, un tortuoso proceso de divorcio en el que uno de los cónyuges litiga por expulsar al otro de la que hasta entonces era casa común. El esfuerzo medieval por hacer razonable la creencia religiosa entra en quiebra y los nuevos filósofos modernos (tanto los religiosos como los laicos), ni cortos ni perezosos se afanan por liquidar el patrimonio y comenzar nuevas empresas pese a la resistencia ofrecida por los principales accionistas (léase, la Iglesia Católica).

Sin embargo, la idea de que la razón no puede demostrar la fe, es decir, la existencia de dios o la inmortalidad del alma, y que en consecuencia no puede tampoco desmentirla, la encontramos ya, como decíamos, en autores como Pomponazzi, quien en su *Tratado* realiza un efectivo ejercicio de separación y se constituye en uno de los primeros representantes del pensamiento fideísta que tan propio será de importantes figuras modernas como Pascal o Kant. Pero no solo esto, que podríamos decir que constituye el movimiento principal del *Tratado*, sino que al tiempo consigue articular reflexiones sobre la dignidad moral al margen de la religión, aplicando una noción de imperativo a la norma que será característicamente un desarrollo moderno y que culminará en la propia *Crítica de la razón práctica* de Kant.

Cabe destacar que el objetivo principal de Pomponazzi, como lo reconoce el traductor e introductor de la edición, consiste en “dejar en evidencia a toda aquella doctrina que haya sostenido de una manera u otra que desde la concepción hilemórfica del ser humano, es decir, desde el pensamiento y letra de Aristóteles, pue-

PIETRO POMPONAZZI,
Tratado sobre la inmortalidad del alma,
Estudio preliminar,
traducción y notas
de José Manuel García Valverde, Tecnos,
Madrid, 2010, 172 pp.
ISBN: 978-84-309-5033-1.



de encontrarse algún resquicio para postular la inmortalidad del alma” (p. xxx), es decir, en disociar a Aristóteles de las exégesis clásicas que Averroes y Tomás de Aquino habían hecho de su doctrina sobre el alma, por considerarlas profundamente incorrectas, y proponer consiguientemente una interpretación alternativa en la que se muestre que la opinión de Aristóteles es contraria a la posibilidad de demostrar racionalmente dicha inmortalidad.

El introductor de la edición, Jose Manuel García Valverde, insiste a lo largo de su estudio en que las críticas de Pomponazzi a Tomás y Averroes se sitúan en el ámbito de la corrección exegética (pp. xlvi, li); sin embargo, cabe decir que, en cierto modo, desbancar a estos intérpretes de su posición equivaldría a rechazar sus doctrinas filosóficas, que en reiteradas ocasiones son tratadas por el propio mantuano como falsas, pese a los esfuerzos por resultar respetuoso con sus doctrinas en tanto tales, cuanto menos con la de Tomás. Dado que la única fuente de autoridad filosófica en general era Aristóteles, sostener algo contrario a lo defendido por este era en la práctica carecer de razón filosófica. Y no resulta en absoluto ajeno a las intenciones de Pomponazzi tachar de incorrectas y falsas las doctrinas de sus contrincantes, pues de ese modo, la defensa de su propia doctrina acerca de la mortalidad del alma se volvía más plausible menos vulnerable desde el terreno meramente filosófico.

Es en este sentido en el que la de Pomponazzi se convierte en una posición revolucionaria, tanto por su concordancia con lo que *a posteriori* habría de ocurrir, cuanto por su profunda discrepancia con respecto a la tradición que le daba sustento: nada más contrario al catolicismo, ayer como hoy, que el rechazo a la intromisión de la religión en el ámbito de la razón, es decir, nada tan contrario como el fideísmo. Sin embargo, hay que matizar esta constatación para que no resulte en el absurdo histórico de pretender que Pomponazzi estaría buscando sentar las bases de la crítica protestante al catolicismo, o atacar siquiera de algún modo a la Iglesia Católica. Lejos de cualquier interpretación de este tipo, hay que ser conscientes de que las intenciones del autor ciertamente no parecen ir mucho más allá de lo antes expuesto, es decir, criticar las exégesis tomasiana y averroísta de Aristóteles, y proponer una doctrina alternativa en la que, al margen de la imposibilidad filosófica de prestar el servicio teológico exigido, no obstante pudiera esta ofrecer uno bien distinto pero quizás más valioso, es decir, desarrollar una moral racional.

En definitiva, la virtud de Pomponazzi estriba quizá en haberse anticipado a los problemas modernos con recursos puramente medievales.

Adolfo Llopis Ibáñez